

UNA DÉCADA EN LA RELACIÓN MÉXICO-JAPÓN

SERGIO GONZÁLEZ GÁLVEZ
VÍCTOR KERBER PALMA

INTRODUCCIÓN

ESTE ANÁLISIS ABARCA UN PERIODO crucial de la relación entre México y Japón a lo largo de diez años, en el que se consolida y se vuelve casi simbiótica; petróleo y deuda externa son los vínculos principales. A partir de 1978, año en que el presidente José López Portillo visitó Japón, el petróleo mexicano actuó como pivote en la elaboración de diagnósticos y planes de cooperación duraderos. Ambos países habían adoptado programas de diversificación de sus nexos con el exterior, y en éstos el petróleo de México desempeñaba el papel central. A la luz del concepto de “seguridad nacional integral”, Japón buscaba asegurarse suministros de ese recurso vital de fuentes distintas de las del Medio Oriente, con miras a reducir su dependencia de esta región conflictiva. Para México, también, exportar a Japón y obtener tecnología y financiamiento de fuentes distintas de Estados Unidos, significaba reducir su dependencia y fortalecer su soberanía.

Con el estallido de la Revolución en Irán y el aumento subsecuente de los precios de los hidrocarburos, la inclinación japonesa por México se hizo más evidente. La banca japonesa dejó correr montos cuantiosos de recursos para financiar proyectos de inversión en siderurgia, plantas hidroeléctricas y, por supuesto, explotación de petróleo en México. Sin embargo, hacia 1982, con el súbito anuncio de falta de liquidez del gobierno mexicano, el entusiasmo se tornó en preocupación. En un ambiente de temor e incertidumbre en los medios financieros mundiales, De la Madrid pasó a ocupar la presidencia de México, y la vinculación con Japón entró en una fase nueva. Si bien el petróleo siguió siendo el factor determinante de las relaciones comerciales bilaterales, la deuda y la singularidad geopolítica de México se sumaron al sistema de interdependencia ya existente de los dos países y lo hicieron más

complejo y durable. En este trabajo intentaremos explicar cómo se formó este sistema en las relaciones japonesas-mexicanas.

TRASFONDO DE LAS RELACIONES: EL PETRÓLEO COMO CATALIZADOR

Cuando la economía japonesa empezó a repuntar desde los años sesenta, varios gobiernos mexicanos trataron de acercarse a Japón con objeto de ampliar el intercambio comercial bilateral y atenuar la dependencia de México del mercado estadounidense. Esta tendencia no era novedosa: sus orígenes podrían rastrearse hasta la época de la dictadura porfirista. En todo caso, los resultados nunca fueron totalmente positivos, quizá debido a la premisa inexacta de la que partíamos. México buscaba a Japón como alternativa a Estados Unidos y suponíamos que los japoneses así lo entendían.

Tradicionalmente Japón ha visto a México como país colindante con una de las potencias más vigorosas del mundo y no ha vacilado en ajustar muchas de sus políticas respecto a nosotros cuando advierte que su propia relación con Estados Unidos podría verse afectada. Por ejemplo, cuando las medidas para alentar la emigración japonesa a México empezaron a crear suspicacia en la opinión pública estadounidense a principios de este siglo, el gobierno japonés interrumpió de súbito esa política y desvió la emigración hacia Sudamérica. En Japón se ha tenido y se sigue teniendo conciencia de las sensibilidades que despierta México en la élite gobernante de Estados Unidos. A pesar de esto, es obvio que México ha sido, para Japón, un país de atractivo enorme tanto por su riqueza cultural y natural como por su ubicación geográfica. Este hecho ha dado pie a que nuestro país se considere importante para las estrategias de expansión industrial japonesas y, por ende, como sujeto con quien debe tenerse una relación privilegiada, siempre y cuando ésta no provoque inquietud en la relación fundamental con Estados Unidos. Los japoneses se ven a sí mismos, en México, más como complemento que como alternativa a Estados Unidos.

Los primeros intentos por mejorar las relaciones japonesas-mexicanas se llevaron a cabo cuando resurgió México como país exportador de petróleo. Esto sucedió en un momento crítico para el conjunto de las relaciones económicas internacionales y para la economía japonesa en particular, debido a la casi absoluta dependencia de Japón del petróleo extranjero. Durante la primera mitad de la década de los setenta, el gobierno japonés tuvo que enfrentar perturbaciones en la aplicación de su política económica, a causa del abandono intempestivo de la paridad dólar-oro en 1971 y del aumento súbito de los precios

del petróleo que logró la OPEP en 1973. Ambas experiencias despertaron conciencia de la gran vulnerabilidad de la economía japonesa frente a los países productores de recursos vitales, así como de la necesidad de reformular la relación con Estados Unidos. Existía convencimiento generalizado de que Japón tenía que asumir un papel nuevo en el desarrollo económico mundial. El prestigiado internacionalista Saburo Okita, por ejemplo, se pronunciaba por adoptar una política de amistad con todos los países, basada en la noción de que Japón debía lanzar lo que en artes marciales se denomina *happo-yabure* (ataque por todos los frentes).¹

En 1971, 82% del crudo que importaba Japón provenía del Medio Oriente, sobre todo de tres países: Irán, Arabia Saudita y Kuwait. En 1984, esa proporción se redujo a 71% y ha conservado aproximadamente ese nivel hasta la fecha. En otras palabras, Medio Oriente tradicionalmente ha sido el proveedor principal de Japón.² Esto inquieta a las autoridades japonesas, ya que una interrupción repentina en alguna de sus fuentes de aprovisionamiento podría ser sumamente lesiva para la economía. A partir de 1973, varios gobiernos japoneses sucesivos siguieron políticas de acercamiento a los países árabes, entre los que repartieron préstamos y promesas. En diciembre de ese año el ministro Takeo Miki visitó ocho países árabes del Golfo Pérsico en 18 días. En enero el titular del MITI, Yasuhiro Nakasone, visitó Irán e Irak, y unos días después Sentaro Kosaka, ministro de relaciones exteriores, viajó a los países del norte de África con el mismo propósito de asegurar el suministro de petróleo. Se calcula que el monto de créditos que concedió Japón a países productores de petróleo únicamente en el invierno crítico de 1973-1974, ascendió a poco más de tres mil millones de dólares.

Empero, no fue sino a finales de la década de los setenta cuando empezaron a elaborarse propuestas detalladas de política exterior para enfrentar una nueva situación internacional.³ Al asumir Masayoshi Ohira el puesto de primer ministro de Japón, de inmediato ordenó la creación de tres grupos de estudio: uno para analizar las relaciones económicas internacionales de Japón, otro encargado de examinar el alcance del concepto de "seguridad integral" y uno más, que dirigía

¹ Saburo Okita, "Natural Resources Dependency and Japanese Foreign Policy", *Foreign Affairs*, vol. 52, núm. 2, julio de 1974, pp. 714-724.

² *Energy in Japan. Facts and Figures*, Tokio, Agency of Natural Resources, MITI, marzo de 1987, p. 8.

³ Véase al respecto Víctor Kerber Palma, *La Cuenca del Pacífico, escenario de competencia por el poder en el sistema mundial: la estrategia de Japón*, México, CLEE, 1988. (Estudios del CLEE, Est-019088).

Saburo Okita, responsable de evaluar la probabilidad de éxito de un esquema de cooperación en la Cuenca del Pacífico. Entre las conclusiones de los tres documentos que presentaron estos grupos, se subrayaba la necesidad de garantizar la supervivencia de Japón con base en el aseguramiento y diversificación de fuentes de energía y mercados para los productos japoneses. Además, se recomendaba orientar los esfuerzos de investigación hacia el desarrollo de tecnología avanzada y aumentar la asistencia a los países menos desarrollados mediante créditos, inversiones y cooperación técnica. Los primeros beneficiarios de esta política serían los países en la parte asiática de la Cuenca del Pacífico. Aunque la muerte no permitió a Ohira hacer públicos los resultados de este esquema general de política, es justo reconocer que fue él su impulsor en la teoría y en la práctica. Luego de nombrar a Saburo Okita ministro de relaciones exteriores, Ohira se dedicó a instituir una diplomacia de "amistad con todos los países" que permitiera a Japón: 1) tener acceso a fuentes de petróleo distintas de las del Medio Oriente, 2) abrir mercados para los productos japoneses (especialmente el gran mercado estadounidense) y 3) sentar las bases de un sistema de cooperación en la Cuenca del Pacífico. Este contexto permitió un acercamiento entre México y Japón a finales de los años setenta.

En 1977 un alto funcionario de la compañía Mitsubishi, el señor Yokose, tomó la iniciativa de explorar las posibilidades de México como proveedor de crudo, por recomendación de un diplomático japonés. Una vez convencido de la importancia que podía tener México para la estrategia de diversificación energética de Japón, Yokose se entrevistó con otros dirigentes empresariales, entre ellos Toshio Doko, presidente de la poderosa agrupación empresarial Keidanren, y el señor Ikeura, entonces presidente del Banco Industrial de Japón. Yokose finalmente logró interesar a funcionarios de la compañía Mitsui en ordenar, junto con Mitsubishi, el primer embarque de crudo mexicano. En noviembre de 1978, cuando López Portillo visitaba Japón, el buque-tanque Sebastián Lerdo de Tejada, proveniente de Pajaritos, atravesaba el estrecho de Kii con una carga de crudo mexicano de prueba. El presidente mexicano manifestó entonces que México tenía el mismo interés por la tecnología, los proyectos de inversión y el financiamiento japoneses que Japón por el petróleo mexicano. Declaró entonces que

. . . una de las expresiones más características del subdesarrollo es la falta de proyectos concretos. Queremos, en consecuencia, proyectar bien los excedentes petroleros para darle sentido al desarrollo del país. Necesitamos tecnología, necesitamos financiamiento, necesitamos relaciones con

mercados mundiales. Todo esto, en muy buena medida, está representado por la economía y el grado de desarrollo de Japón.⁴

En el verano de 1979 llegó a Tokio una misión mexicana que encabezaba el entonces director de Pemex, Jorge Díaz Serrano. A cambio de petróleo, la parte mexicana propuso poner en práctica proyectos de coinversión —por ejemplo, construir un muelle de embarque y un oleoducto en el puerto de Salina Cruz (Oaxaca), realizar la segunda etapa del proyecto de la Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas (SICARTSA) y construir un puerto petrolero en Dos Bocas (Tabasco). La parte japonesa ofreció un total de 225 millones de dólares en créditos sindicados por conducto del Eximbank. Se acordó entonces que la primera venta formal de crudo mexicano a Japón se efectuara en agosto. Mientras tanto, la situación en el Medio Oriente seguía siendo inestable. En China, las dificultades para poner en marcha las reformas económicas y la lucha política interna amenazaban el aprovisionamiento estable de petróleo a Japón. México surgía, pues, como alternativa imprescindible en la estrategia de diversificación de fuentes de energéticos de Japón. En agosto, se presentó en México una misión que encabezaban los ministros Masumi Ezaki —hasta la fecha uno de los mejores amigos que tiene México en Japón— y Sunao Sonoda, del MITI y del ministerio de relaciones exteriores, respectivamente, para precisar detalles respecto a la compra-venta de crudo. El 19 de noviembre, finalmente, se suscribió un contrato de suministro por un plazo de 10 años entre Pemex y un consorcio empresarial creado exprofeso con el nombre de Importadora Mexicana de Petróleo (MEP). En forma paralela a ese entendimiento, Japón se comprometió, en principio, a cooperar en construcción portuaria, en instalaciones eléctricas, sistema ferroviario y siderurgia.

A principios de 1980 se dio a conocer que Japón había acordado fabricar en territorio mexicano turbogeneradores para la industria eléctrica, carros contenedores de ferrocarril y un oleoducto. Los capitales japoneses participarían además, en el proyecto Alfa-Omega para construir un ferrocarril que atravesaría el Istmo de Tehuantepec. Todos estos proyectos habrían de quedar suspendidos o pospuestos a raíz de la crisis en México. En marzo del mismo año el señor Doko de Keidanren ofreció a López Portillo más participación japonesa en la construcción de los puertos industriales de Altamira, Coatzacoalcos, Salina Cruz y Lázaro Cárdenas, además de mayor respaldo económico

⁴ José López Portillo, "En China y Japón", México, SPP, 1978, p. 76. (*Cuadernos de Filosofía Política*, núm. 12).

japonés en proyectos menores a cambio de que México aumentara su cuota de petróleo a Japón de 100 mil a 300 mil barriles diarios. Dos meses después acudió a Tokio el entonces secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, José Andrés de Oteyza, para continuar las conversaciones al respecto.

Aunque las versiones relativas a las expectativas japonesas son contradictorias, al parecer Ohira viajó a México en mayo, convencido —con base en informes del embajador de Japón en México— de que sí lograría un aumento substancial en el abastecimiento de crudo. En el comunicado conjunto emitido al término de las conversaciones López Portillo-Ohira, se señalaba no obstante, que un aumento de las exportaciones de petróleo a Japón estaría condicionado al avance en el cumplimiento de los proyectos de cooperación mencionados. Se dice que el primer ministro Ohira volvió a Japón sumamente insatisfecho, pues declaró que era necesario que los países importadores de materias primas tomaran medidas defensivas frente a países exportadores de las mismas que intentaran utilizarlas como arma política o como instrumento para obtener ventaja en negociaciones. Aunque no podemos saber si esta declaración estaba dirigida a México, lo cierto es que el gobierno mexicano tenía interés en enmarcar las relaciones con Japón en un esquema de complementación general que incluyera la venta de petróleo. “México quiere ser visto por los países del mundo —dijo el presidente López Portillo— como un país con petróleo, no como un país petrolero”.⁵

Empero, las relaciones japonesas-mexicanas se consolidaban en forma irreversible. En sólo tres años, de 1978 a 1981, las exportaciones de México a Japón se cuadruplicaron y las importaciones se triplicaron. Además, se cuadruplicaron las inversiones japonesas en el mismo lapso, y la deuda pública con Japón, que en 1977 era de 1 237 millones de dólares, en 1980 alcanzaba ya 5 410 millones, lo que situaba a Japón en el segundo lugar entre los acreedores de México.⁶ El futuro de las relaciones entre México y Japón se veía con optimismo. En un estudio que realizaron El Colegio de México y el Instituto para Economías en Desarrollo de Tokio, en 1981, se anotaba que “hasta hace algunos años Japón miraba a México como simple mercado para sus productos. Ahora que México es uno de los principales países productores de

⁵ Miguel S. Wionczek y Miyoei Shinohara (coords.), *Las relaciones económicas entre México y Japón. Influencia del desarrollo petrolero mexicano*, México, El Colegio de México, 1982, pp. 109-110.

⁶ Víctor Kerber Palma, *Continuidad y cambios en las relaciones entre México y Japón*, tesis de licenciatura, El Colegio de México, agosto de 1983, pp. 118-140.

petróleo, es evidente que las relaciones entre Japón y México deben mejorar”.⁷ Se expresaron augurios similares en un documento de ese Instituto para la Agencia de Planeación Económica del MITI:

El futuro de México es promisorio gracias al papel de liderazgo que desempeña [en] el desarrollo de los inmensos recursos petrolíferos [. . .] A pesar de factores menores como mayor inflación, producción agrícola rezagada y actividades de los sindicatos, las perspectivas económicas de México a largo plazo son brillantes. Para Japón también, México es un país adecuado para fortalecer y ampliar relaciones económicas en el futuro.⁸

En la VIII Reunión de la Comisión Económica Conjunta México-Japón, celebrada en la ciudad de México en junio de 1981, México ofreció suministrar a Japón 200 mil barriles diarios de petróleo crudo adicionales. La parte japonesa únicamente tomó nota de este ofrecimiento mexicano y reiteró su propuesta de un crédito a México por 30 mil millones de yenes. Al parecer las condiciones para suministrar más petróleo a Japón se cumplían satisfactoriamente y había confianza innegable de la clase dirigente japonesa en el futuro de nuestro país. En el reporte de Saburo Okita y su grupo sobre posibilidades de cooperación en la Cuenca del Pacífico, México figuraba de manera preponderante.

Este era el panorama cuando los dirigentes de Pemex decidieron reducir el precio del petróleo mexicano para mantenerlo competitivo en el mercado internacional. En julio de 1981 el nuevo director de Pemex, Julio Rodolfo Moctezuma, efectuó una visita a Japón que redundaría en el aumento del suministro del crudo de 100 mil a 160 mil barriles diarios en 1982. Algunos interpretaron esta medida como un esfuerzo por no perder el mercado japonés ante la caída evidente de los precios mundiales de crudo y la reducción subsecuente de los ingresos de México por este concepto. Las ventas de petróleo, cabe mencionar, eran casi 70% de todas las exportaciones mexicanas.

LA RESPUESTA JAPONESA FRENTE A LA CRISIS ECÓNOMICA

Las relaciones entre México y Japón eran ya en 1982 un eslabón sólido

⁷ Yoshio Murayama, “Situación actual y perspectivas de las relaciones económicas entre México y Japón”, en Wionczek y Shinohara, *op. cit.*, p. 243.

⁸ *Basic Survey on the Promotion of Cooperative Relations between Japan and Mexico Accompanying the Rapid Changes Occuring in the International Energy Situation*, Institute of Developing Economies, marzo de 1981, p. X-2.

en la cadena de interdependencias que dan sustancia a las relaciones internacionales. Sin duda lo advertían los banqueros japoneses: en febrero de 1983 extendieron un crédito por 850 millones de dólares a México, como parte de un paquete de apoyo de 5 000 millones que solicitaba el nuevo gobierno de De la Madrid. Con el petróleo y deuda como soportes de las relaciones japonesas-mexicanas, se consolidó una vinculación prácticamente simbiótica entre los dos países. Los esfuerzos a partir de entonces se concentraron en elaborar una estrategia común que diera a las relaciones bilaterales sentido de equilibrio y dirección a largo plazo. La base de esa estrategia era la necesidad mutua de entenderse y cooperar en lo económico, con miras a la construcción de una sociedad nueva en el siglo XXI.

En julio de 1982, es decir poco antes de que estallara la crisis de solvencia financiera en nuestro país, hubo en la ciudad de México un seminario sobre cooperación económica a largo plazo entre México y Japón. El propósito principal de este seminario era identificar áreas prioritarias de cooperación entre los dos países sobre bases de interés recíproco, “complementaridad dinámica” y beneficio mutuo. El optimismo que reflejaba el documento final del seminario se disipó temporalmente por la crisis. Con base en este antecedente, durante su visita oficial a México, en septiembre de 1984, el canciller Shintaro Abe convino con su homólogo mexicano, Bernardo Sepúlveda, en formar un pequeño grupo —con miembros de varios grupos sociales de México y Japón— que analizara y diera cauce a las relaciones bilaterales a largo plazo. El llamado Grupo de Estudio México-Japón sobre las Relaciones Bilaterales a Largo Plazo, que formaban académicos, empresarios y funcionarios públicos de ambos países, tuvo ante sí la tarea comprometedor de elaborar un documento en el que se sentaran las bases para desarrollar nexos entre ambos países en vísperas del siglo XXI. Esto era un reto sin precedente para un país en crisis como el nuestro y uno en auge como Japón. Observadores influyentes como Alvin Toffler, sin embargo, consideraban esta dicotomía como una de las más racionales en el ámbito de las relaciones económicas internacionales.⁹

En el informe que presentó el Grupo de Estudio al término de sus consultas, se subrayaba la necesidad de profundizar las relaciones para trascender el ámbito bilateral. Se consideraba particularmente importante, para contribuir a la paz y la estabilidad mundiales, que México y Japón ejercieran más influencia en el escenario político mundial, so-

⁹ Alvin Toffler, “The Mex-Yen Strategy. The What?”, *The Japan Times*, 4 de marzo de 1986.

bre todo en Naciones Unidas, lo que implicaba orientar la relación hacia la acción política sin circunscribirla al plano de la complementación económica, como antes se hacía. Japón reconocía también que “México es importante por el peso de sus acciones en la región latinoamericana, por la capacidad de su sistema político para absorber la crisis económica sin exacerbar los límites de la concordia social”.¹⁰ México era en suma, lo que algunos especialistas definían como un “caso crítico” para la expansión del poder económico de Japón. Era novedoso en este esquema considerar a México y Japón como elementos preponderantes en una región geográfica que, por la importancia económica y política que va adquiriendo, está llamada a ser centro gravitacional de las relaciones internacionales en el futuro cercano: la Cuenca del Pacífico. El informe recomendaba al respecto:

Promover la participación cada vez más intensa de México en la Cuenca del Pacífico a mediano y largo plazo, considerando el dinamismo y posibilidades de desarrollo que existen en los demás países de la Cuenca y que esto contribuirá a la promoción de las exportaciones mexicanas, a la diversificación del comercio exterior y al desarrollo de la región costera occidental de México. Por lo tanto, es importante que ambos países contribuyan al fortalecimiento de las relaciones en la región del Pacífico, no sólo entre sí, sino también con otros países de Asia y Oceanía. En este sentido, son significativos los proyectos de cooperación México-Japón en áreas que pudieran resultar de interés para México. Japón propiciará la transferencia de tecnología, el desarrollo de recursos humanos y nuevas técnicas de capacitación pesquera dentro del esquema de la Cuenca del Pacífico.¹¹

Prácticamente todos los recursos al alcance de la embajada de México en Japón se dedicaron a este propósito. Se creó una sección especializada en la Cuenca del Pacífico y se establecieron dos oficinas, una responsable de recoger y transmitir toda la información sobre avances y disponibilidad de tecnología japonesa que pudiera servir a las industrias mexicanas, la otra encargada de comercializar productos mexicanos en Japón, para romper el cuasi monopolio de las comercializadoras japonesas en el mercado entre ambos países. Entre 1985 y 1986 la embajada de México transmitió a las máximas autoridades de

¹⁰ *Informe sobre relaciones bilaterales México-Japón a largo plazo*, México, Dirección General de Archivo, Biblioteca y Publicaciones, SRE, 1985, p. 7.

¹¹ Chalmers Johnson, “The Challenge of Japanese Capitalism”, citado en Antonio Ocaranza, *Mexican-Japanese Economic Relations and the United States Connection: A Mexican Perspective*, tesis de maestría, University of California, Berkeley, abril de 1988, p. 12.

la Secretaría de Relaciones Exteriores memoranda en los que se analizaban el origen y las perspectivas de la cooperación en la Cuenca del Pacífico; se explicaban las ventajas y desventajas de incorporar a México en los foros que tratan de hacer efectiva esa cooperación y la conveniencia de desarrollar en la región del Pacífico una diplomacia más intensa. Ésta debería seguir un plan general de política exterior en el que se sopesaran estrategias precisas respecto a otras regiones con las que México mantiene relaciones.

A pesar de que hubo quienes consideraban, no sin razón, que en un periodo tan difícil para México no era posible asumir compromisos que no fuesen los más inmediatos, se decidió que sí convenía a los intereses del país observar los acontecimientos en el Pacífico Asiático. De la Madrid mismo favorecía esta línea y por eso decidió aceptar la invitación que le hizo Yasuhiro Nakasone al inicio de su mandato para visitar Japón. Se había dispuesto que De la Madrid viajara a Japón y China en noviembre de 1985, pero los terremotos en septiembre de ese año en la ciudad de México obligaron a posponer la visita un año.

Mientras tanto, cambios en el ámbito mundial consolidaban la importancia de la Cuenca del Pacífico. La República Popular China seguía modernizando y abriendo su economía a las fuerzas del mercado con el objetivo explícito de convertirse en una gran potencia económica en el siglo XXI. Paralelamente negociaba con éxito la recuperación de la próspera Hong Kong, uno de los últimos reductos del colonialismo británico en el Pacífico, en 1997. Con la llegada de Mikhail Gorbachov al poder en la URSS también en ese país comenzaron reformas con repercusión en el sistema de poder mundial. En julio de 1986, el líder soviético pronunció en Vladivostok un discurso memorable que despejó algunas dudas respecto a los intereses de la URSS en la Cuenca del Pacífico. Contra todo pronóstico Gorbachov se pronunció esa vez a favor de aumentar la participación de su país en los esfuerzos por crear un sistema de cooperación en el Pacífico. En Oceanía fue un hecho de gran trascendencia la creación de una zona desnuclearizada en el Pacífico Sur, que sancionó el Tratado de Rarotonga en agosto de 1985. Este tratado se inspiraba en buena medida, aunque tenía particularidades evidentes, en el Tratado de Tlatelolco; dio un golpe a los países que querían mantener hegemonías militares en el Pacífico Sur, en especial a Francia, que llevaba a cabo pruebas nucleares en sus posesiones coloniales en la región.

Japón y los países de industrialización reciente (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán) se consolidaron en los años ochenta como dinamos de la economía internacional. Aun durante la recesión en ese decenio, que fue la peor desde la de los treinta, Japón y los lla-

mados “Cuatro Tigres de Asia” registraron índices de crecimiento positivos y superávit considerables en sus balanzas comerciales con Estados Unidos y la Comunidad Europea. El yen se fortaleció como divisa internacional y Japón pasó a ocupar el sitio de primer acreedor y primer exportador de manufacturas del mundo. En 1980 Estados Unidos tuvo un déficit en su balanza comercial con Japón de 6 959 millones de dólares, es decir que en seis años aumentó en más de 700%. En el último año el yen había duplicado su valor frente al dólar, respecto a 1970, y seguía apreciándose de manera vertiginosa, fenómeno conocido en los círculos financieros de Japón como *yendaka*. Además, en 1986 Japón ocupaba el segundo lugar en asistencia oficial para el desarrollo. Todo parece indicar que para estas fechas desplazó ya a Estados Unidos del primero.

EL FENÓMENO DE LA TRIANGULACIÓN

El fenómeno de la triangulación de las relaciones entre Japón, México y Estados Unidos no es reciente ni fácil de evaluar, pero confirma la interdependencia de estos tres países. Es evidente en el intercambio comercial, sobre todo cuando se advierte que los saldos en las balanzas entre México y Japón son distintos según el criterio con que se juzgue la doble circulación de productos. Hay años en que las cifras de comercio que publican México y Japón difieren considerablemente y muchas veces arrojan saldos contradictorios. Esto se debe a que hay productos mexicanos que se exportan a Japón vía Estados Unidos. La sobrevaluación del yen o *yendaka* indudablemente repercute en el cálculo de los montos generales. Durante la década que abarca este análisis, sin embargo, tanto en México como en Japón hubo cierta uniformidad en la orientación de los saldos. De 1978 a 1981, las ventas japonesas a México se elevaron de 640 a 1 708 millones de dólares. Por su parte, las compras japonesas a México aumentaron de 354 a 1 436 millones de dólares. En su balanza de comercio con Japón entre 1978 y 1981, por ende, México tuvo saldos anuales negativos que fluctuaron entre 272 y 358 millones de dólares. Sin embargo, a partir de 1982 las exportaciones mexicanas a Japón tuvieron un nivel regular y sostenido, pues aumentaron de 1 534 millones de dólares en 1982 a 1 639 en 1987. A su vez, las importaciones disminuyeron considerablemente a partir de 1982. De ahí que el saldo se mantuviera favorable para México entre 1982 y 1987; alcanzó su nivel máximo (sin precedente) en 1984, cuando ascendieron a 1 371 millones de dólares las exportaciones mexicanas a Japón (véase cuadro 1).

De los aproximadamente 149 productos que exporta México a Japón, el petróleo sigue siendo el principal (80% del total). Este hecho nos hace vulnerables a variaciones en los precios de ese producto en el mercado internacional y a reducciones en las cuotas de importación que decida Japón. Esto fue evidente en 1988, cuando bajaron los precios del crudo en tanto que aumentaron las importaciones mexicanas a consecuencia de la multiplicación de industrias maquiladoras en la frontera norte del país. El resultado fue que se alteró la balanza del comercio bilateral: México tuvo un saldo desfavorable de 181 millones de dólares, aproximadamente, según fuentes no oficiales. La gráfica 1 muestra la fluctuación de los precios de los crudos mexicanos en el Lejano Oriente entre 1985 y 1988.

Empero, el renglón más activo de la relación triangular entre México, Japón y Estados Unidos en años recientes ha sido la industria maquiladora. En vista de las condiciones excepcionales de México (mano de obra barata y abundante, cercanía del mercado de consumo más grande del mundo), buen número de empresas japonesas se han instalado en la zona fronteriza mexicana. Esto es consecuencia, también, de que Japón necesita mantener abierto el mercado estadounidense para sus productos en un ambiente de proteccionismo mundial en aumento. Esas industrias, aunque benefician considerablemente tanto a los estados del norte de México como a los del sur de Estados Unidos porque crean empleos, han dado lugar a críticas (muchas de ellas sin fundamento) de algunos sindicatos estadounidenses (sobre todo en las ciudades fronterizas) que advierten del supuesto peligro que implican las industrias maquiladoras japonesas en México para la economía de Estados Unidos.¹² Entonces, las maquiladoras japonesas son a la vez elementos de cooperación y de competencia entre las naciones industrializadas. México tendrá que hacer frente a este fenómeno con gran habilidad y procurar que las industrias japonesas que se instalan en su territorio beneficien realmente a la economía nacional. Si la irritación de Estados Unidos aumentara como resultado de la presencia de maquiladoras japonesas en nuestro territorio, eso podría vulnerar nuestro comercio con Estados Unidos. Japón a su vez podría optar por sacrificar esas empresas si su relación con Estados Unidos se resintiera.

Finalmente, cabe referirse al plano financiero, donde también se

¹² Víctor Kerber y Antonio Ocaranza, "Las maquiladoras japonesas en la relación triangular México-Japón-Estados Unidos", ponencia presentada en el Seminario sobre la Industria Maquiladora en México, El Colegio de México, 5-7 de junio de 1989; Gabriel Székely y Donald Wyman, "Japan's Ascendance in U.S. Economic Relations with Mexico", *SAIS Review*, vol. 8, núm. 1, invierno-primavera de 1988.

advierde el fenómeno de la triangulación. En 1985 México transfirió recursos por concepto del servicio de la deuda pública externa por 11 mil millones de dólares, monto que en su mayoría fue a dar a la banca estadounidense, nuestra acreedora principal. Cabe suponer que buena parte de esos fondos se haya destinado a pagar la importación de productos japoneses, coreanos y taiwaneses a Estados Unidos, de lo cual puede inferirse que México, junto con otros países deudores, contribuyó a subvencionar el auge de países asiáticos de la Cuenca del Pacífico, lo que equivale a una triangulación en materia de finanzas.

El total de la deuda pública externa de México, al cierre del ejercicio fiscal 1987, fue de 107 453 millones de dólares; esto significa que se triplicó en el lapso de diez años que abarca este estudio. De este monto el total de créditos que otorgó Japón fue de 16 118 millones de dólares, es decir 15% del total de la deuda mexicana. Esto hace de Japón nuestro segundo acreedor después de Estados Unidos. Los créditos oficiales que otorgaron 28 bancos japoneses equivalen por sí solos a 80% de toda la deuda de México con Japón, como puede verse en el cuadro 2.

CONCLUSIONES

Los vínculos entre México y Japón se han fortalecido en la última década y podrían estrecharse más si sabemos aprovechar —como proponen los gobiernos de ambos países— el hecho de que se vive una de las mejores etapas de la relación política en 100 años. Sería un error considerar que el trato con Japón es una alternativa a la dependencia económica agobiante respecto a Estados Unidos, al menos en lo que resta del siglo XX. Es preciso tener claras las estrategias de seguridad integral que han elaborado los japoneses para el futuro y estar consciente del papel que asignan a México.

Japón, al parecer, tiende a consolidar una presencia independiente de Estados Unidos en la escena internacional, aunque algunos piensan que esa condición será efímera y que el gobierno japonés buscará, tarde o temprano, una alternativa de socio o aliado principal de los estadounidenses. Desde principios de este siglo Japón siempre ha buscado el apoyo de un aliado. Primero lo fue Gran Bretaña, cuya influencia se expresa todavía en cierta occidentalización de la cultura japonesa. Después de la Primera Guerra Mundial, Japón se sujetó al orden que establecieron el idealismo de Wilson y los Tratados de Washington de 1921, pero se alió posteriormente a las potencias del Eje, lo que culminó en su derrota en la Segunda Guerra Mundial y en la firma de un

tratado bilateral en términos de alianza militar con Estados Unidos, en 1951. De ahí que Japón esté vinculado tan estrechamente con Estados Unidos. Entre los funcionarios públicos japoneses, si bien hay quienes están conscientes de las desventajas de mantener la alianza con esta superpotencia en el plano militar, no dejan de reconocer que ese acuerdo garantiza —aunque con dificultad cada vez mayor— el acceso al mercado más grande del mundo. Sin embargo, en otro segmento de la cúpula oficial japonesa, hay quienes abiertamente sostienen que un acercamiento a la República Popular China, sin el ánimo de revivir los recuerdos de la invasión japonesa en la época del Manchukuo, a la larga podría asegurar un mejor mercado para Japón. Los acontecimientos recientes en Beijing ciertamente debilitaron a quienes sostienen esta posición, pero no los privaron de poder.

Muchos analistas parten de la idea de que Japón es importante para México porque le permite atenuar su dependencia de Estados Unidos. Se piensa que Japón responderá en forma diligente a la lógica de este supuesto, pero conviene subrayar que nuestro país no tiene importancia intrínseca para Japón. Los japoneses nos consideran —tal vez de manera equivocada— como termómetro de lo que ocurre en América Latina y como espacio cercano a Estados Unidos, primera potencia económica y militar del mundo. A partir de estas premisas se calculan las posibilidades económicas y políticas de México, aunque sería injusto no reconocer que también el carácter permanente de las instituciones mexicanas desempeña un papel determinante en las relaciones con Japón. En efecto, a pesar de la difícil situación económica, los japoneses reconocen el carácter singular de nuestro país —en comparación con otros de América Latina— por la estabilidad de su sistema y el vigor de su cultura. En vista de la importancia que ha cobrado nuestra vinculación con Japón, es aconsejable comenzar a verla en otra perspectiva, sin olvidar la influencia de Estados Unidos en las relaciones japonesas-mexicanas y al tiempo que fortalecemos nuestros lazos con otras naciones de la Cuenca del Pacífico.

Como parte de este esfuerzo, habría que tener presente la internacionalización que desean los japoneses. Será preciso continuar con el fortalecimiento de vínculos mediante gestiones en Japón, pero mucho del trabajo de preparación para acercarse más a esta potencia deberá realizarse en México, con base en una mejor coordinación entre gobierno, empresarios y académicos. Hay mucho por hacer en materia de comercio, inversiones y turismo; también la cooperación en actividades de pesca ofrece grandes beneficios a mediano plazo. Por otra parte, para aprovechar las ventajas de ser país colindante con la Cuenca del Pacífico no es necesario esperar a que se elaboren acuerdos

específicos, como tampoco es indispensable ser admitido —en caso de solicitarlo— a la llamada Conferencia sobre Cooperación Económica en la Cuenca del Pacífico (CCEP). De hecho, México ya está desempeñando un papel importante respecto a la Cuenca del Pacífico y se está beneficiando considerablemente de eso; un ejemplo es el financiamiento japonés al llamado Proyecto Petrolero del Pacífico, cuyo monto alcanzó 500 millones de dólares y ha permitido el desarrollo de instalaciones portuarias y oleoductos para enviar crudo mexicano a Oriente. Además, las compañías aéreas Japan Airlines, All Nippon Airways y Japan Air System quizá extiendan sus redes de vuelos a México; entre otras, se estudia la posibilidad de establecer una ruta Tokio-Washington-Puerto Vallarta o quizá Tokio-Tijuana-Cancún. Si se realizaran estos proyectos, probablemente aumentaría el número de turistas japoneses en México, aunque buena parte de la labor de captación corresponderá a los organismos encargados del turismo en nuestro país.

Convendría estudiar otras medidas:

a) Es urgente restablecer en México un grupo de trabajo intersecretarial (de subsecretarios) para reanudar el análisis colectivo de los lineamientos que se seguirán al fomentar las relaciones económicas japonesas-mexicanas. Este grupo, de hecho, se creó en abril de 1985, pero no ha funcionado de manera adecuada.

b) Se requiere poner al día los tratados y acuerdos entre México y Japón, y buscar un acuerdo sobre comercio e inversiones similar al que suscribieron México y Estados Unidos.

c) Convendría revisar los acuerdos de 1972 sobre servicios aéreos, con miras a lograr más equidad.

d) Es necesaria una mejor coordinación de las actividades del sector paraestatal mexicano en sus tratos con Japón, pues tanto en las compras como en las ventas hay duplicación de esfuerzos y desperdicio de recursos.

e) Sería útil fomentar la venta de productos no petroleros a Japón, que actualmente es del orden de 403 millones de dólares anuales y bien podría alcanzar 1 000 millones. Esto requiere un estudio previo sobre las características del mercado japonés y la apertura de una o dos salas de exhibición permanente de productos mexicanos en ciudades japonesas, sobre todo en las que tienen acuerdos de hermandad con ciudades mexicanas.

f) Sería provechoso establecer una oficina del sector empresarial mexicano en Japón, cuya tarea consistiría en coadyuvar a la conquista de ese importante mercado en coordinación con la oficina de Bancomext en Tokio.

g) Se necesita fortalecer la Comisión Promotora de Inversiones Ja-

ponesas en México —que creó la Subsecretaría de Inversiones Extranjeras de la Secofi hace casi dos años, en la que participa el sector privado mexicano— para responder a la queja japonesa constante de que, si bien pedimos inversiones, en muy contados casos (turismo y minería) presentamos propuestas concretas.

h) Convendría reforzar el Centro de Información sobre Transferencia de Tecnología, que se creó hace tres años en la embajada de México en Japón, para apoyar a pequeños y medianos industriales mexicanos.

i) Finalmente, sería bueno planear visitas periódicas de los miembros del gabinete del presidente Salinas a Japón, que podrían culminar con una visita presidencial a la tierra de Hasekura Tsunenaga, primer embajador que pisó suelo mexicano hace 380 años.

Cuadro 1
 Japón: Balanza comercial con México 1978-1987
 (Millones de dólares)

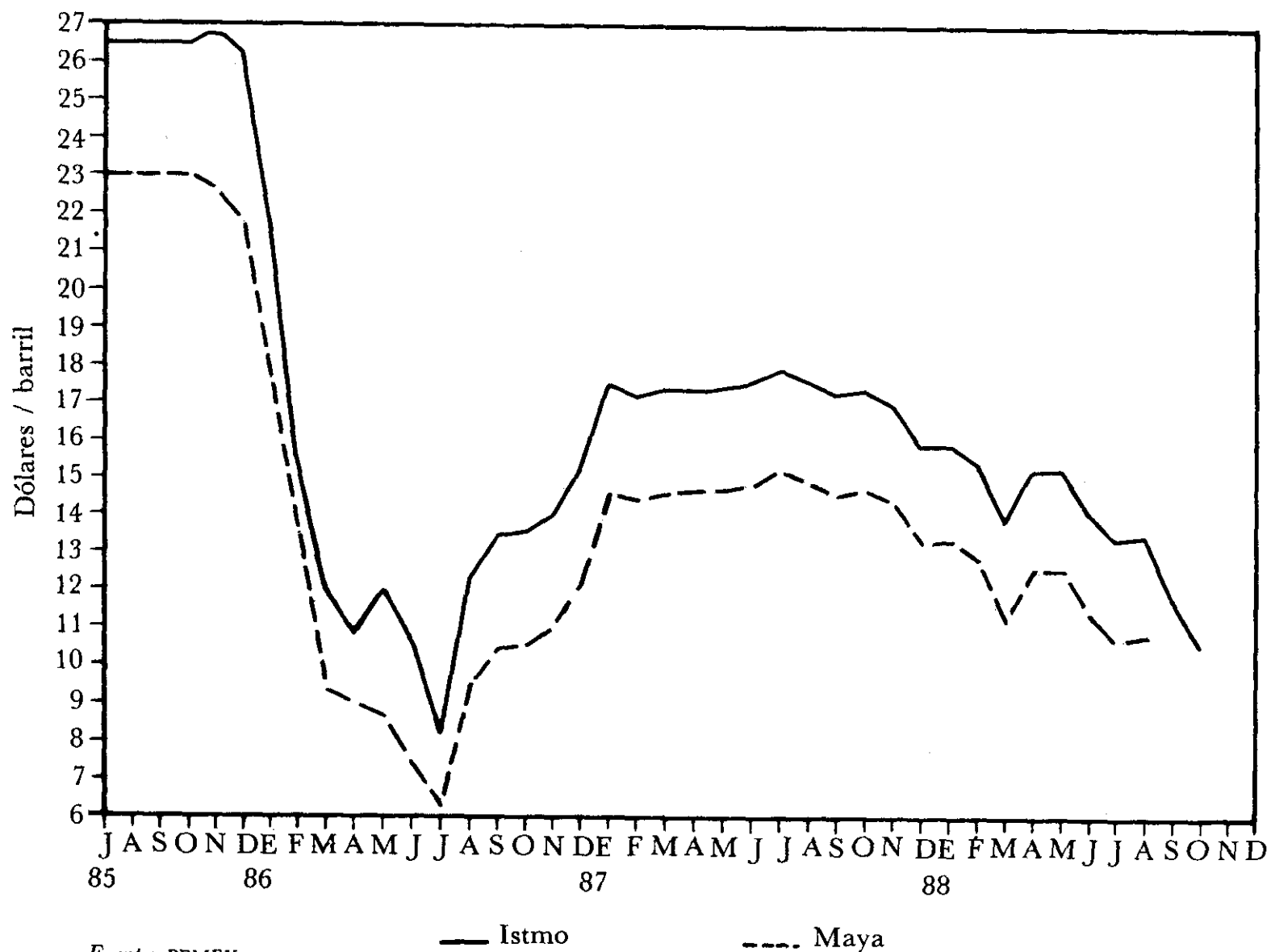
	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>	<i>Saldo</i>
1978	640.01	354.28	258.73
1979	842.20	484.51	357.69
1980	1 214.58	926.71	287.87
1981	1 708,40	1 435.94	272.46
1982	957.99	1 533.78	(575.78)
1983	579.39	1 888.62	(1 309.22)
1984	887.04	2 257.83	(1 370.79)
1985	984.16	1 852.36	(368.20)
1986	1 040.51	1 479.23	(438.73)
1987	1 391,65	1 639.23	(247.58)

Fuente: Banco de Japón

Cuadro 2
 Créditos oficiales otorgados por bancos japoneses
 (Dólares)

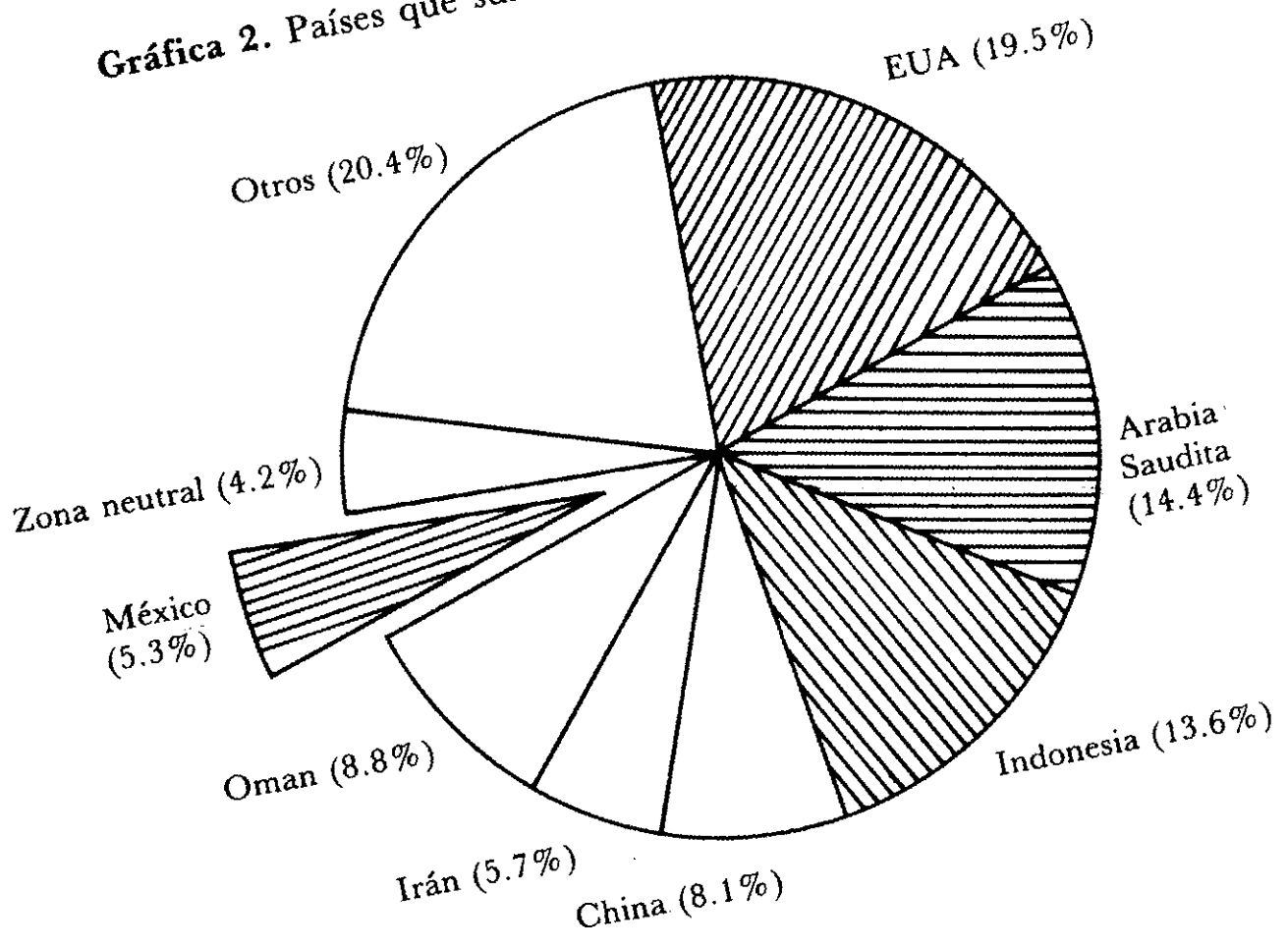
Bank of Tokyo	1 441 116 000
Sumitomo Bank	1 186 007 000
Sanwa Bank	1 028 001 000
Dai-Ichi Kangyo Bank	898 313 000
Mitsubishi Bank	830 016 000
Tokai Bank	797 652 000
IBJ	795 187 000
LTCB	750 057 000
Fuji Bank	670 097 000
Taiyo Kobe Bank	662 482 000
Yokohama Bank	447 372 000
Mitsubishi Trust	427 513 000
Yasuda Trust	418 815 000
Mitsui Bank	399 777 000
Mitsui Trust	391 721 000
Nippon Credit Bank	367 317 000
Daiwa Bank	342 663 000
Hokkaido Takushoku Bank	335 048 000
Kyowa Bank	310 299 000
Saitama Bank	304 587 000
Sumitomo Trust	264 608 000
Toyo Trust	243 666 000
Chuo Trust	112 324 000
Hokukiru Bank	89 478 000
Nippon Trust	22 845 000
Shizuoka Bank	3 807 000
Ashikaga Bank	1 903 000
Joyo Bank	1 903 000
Total	13 544 574 000

Gráfica 1. Precios de crudos mexicanos en el lejano Oriente, 1985-1988



Fuente: PEMEX.

Gráfica 2. Países que suministran crudo a Japón 1988



Fuente: Pemex.